



Algunos de los libros «editados» casi artesanalmente por los presos políticos en el penal de San Miguel de los Reyes en la posguerra.

La biblioteca clandestina

De todas las tristes historias de la posguerra, las de las prisiones suelen producir una desazón especial. Esta de ahora es la crónica de un preso de San Miguel de los Reyes que narra las ansias de lectura de los vencidos y de cómo llegaron a autoeditarse libros en el lugar que terminó por convertirse en Biblioteca Valenciana. Paradojas del destino.

Isidro Guardia ■ VALENCIA
FOTOS: F. BUSTAMANTE

BIBLIOTECA hoy, y biblioteca y prisión, ayer. Porque, ciertamente, había una biblioteca también ayer, pero no era para los forzosos habitantes del penal, ya que más allá de varias obras, como por ejemplo, *El paraíso perdido*, de Milton, y *La divina comedia*, de Dante, el resto eran, en su inmensa mayoría, obras de Religión o doctrinas del Movimiento Nacional, FET y de las JONS, que nos había llevado allí.

Con el tiempo, muy especialmente, a partir de 1944, tras conseguir movilizar a las gentes en el sentido de buscar el elevar su preparación, basados en la gran can-

tidad de maestros y profesores cumpliendo condena, se consiguió montar clases de estudios varios. Las primeras letras las daba la Escuela de la Prisión, pero eran muchos los que precisaban saber más y, en puridad, matar el tiempo, que no tenía otra libertad que, en los patios –Patio chico, hoy por donde se entra, patio grande–, mirando hacia arriba o en los dormitorios por los ventanales, ver el campo y más allá el mar, como una esperanza azul. Sentados en el suelo, se daban clases de matemáticas, de literatura, de idiomas.

Al poco, como si se hubiera visto una necesidad, las organizaciones y partidos comenzaron a crear sus propias bibliotecas. Pero lo difícil era la entrada. Un ejemplo:



Los presos políticos se organizaron y llegaron a editar sus propios libros, que se «imprimían» con máquina de escribir.

mi familia me envió un ejemplar de D. Jacinto Benavente en el que es-

taban juntas *Señora ama* y *Los intereses creados*. Sin duda, por hallarme trabajando en las oficinas del Régimen, el capellán, D. Diego Ciudad Bastida, me llamó a su despacho, y me dijo: “Xé, com no voldràs que te'l trenque el tornaré, perquè no puc deixar entrar *Señora ama* “. Esto nos llevó a la idea de cómo hacemos con el sello de goma que permitía la entrada. Nos valimos de enviarlo al exterior en una hoja y que nos lo hicieran fuera. A partir de ello, y valiéndonos de la vieja amistad personal del firmante con Paco Dávila, padre –a Paquito no lo conocía–, iniciamos la cosa. A la vez, pedimos a varios amigos que nos enviaran lo que pudieran; algunos venían a vernos junto a la familia.

Así, pudimos formar una biblioteca que circulaba entre nosotros, bajo la responsabilidad de los delegados de cada departamento y que respondía a obras de Benavente, Casona, Ortega y Gasset, Marañón, Rubén Darío, Machado, José Enrique Rodó, Rabindranath Tagore, García Lorca, *La nada*, de Carmen Laforet, fue muy celebrada, algo así como una piedra lanzada a aguas estancadas. Leímos *La Trilogía* de Ignacio Agustí, con las luchas de la Cataluña de la Dictadura primoriverista, así como el sencillo y profundo humor de Julio Camba, y también al Fernández Flores de antes del 36. Eça de Queirós entró en San Miguel junto a Lajos Zilahy con *Algo flota sobre el agua* y Stefan Zweig con *Golovin* y *Los ojos del hermano eterno*. *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, nos hizo preguntarnos si lo que buscaban hacer con nosotros el régimen era el convertirnos en Gamma-menos o epsilones.

También *La incógnita del hombre*, de Alexis Carrel, que estaba de moda, según nos dijo algún amigo en carta. Y nos deleitó *La historia de Saint-Michele*, haciéndonos conocer Capri. La Historia, en tono mayor, nos vino con el *Napoleón*, de Emil Ludwíg. Gracias a mi amigo y compañero, Raimundo Jiménez, incorporamos a la Biblioteca *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway, con el ruego del citado que no me enfadara con el autor por situar a un norteamericano como guerrillero en el país que inventó las guerrillas. También nos llegaron los libros de Reclús, de Han Ryner, con su *Esfinge roja*, nos hizo ver la enorme dificultad que entraña la independencia, Kropotkin las enormes diferencias sociales, como un abismo. Y Proudhon, sus estudios económicos.

Pero todo ello hizo nacer un nuevo problema. En la Prisión se hacían cacheos, tanto de tipo personal como en las pertenencias de cada uno. Esto hizo que alertáramos a todos los destinos en fijarse con exactitud en los movimientos de los funcionarios, especialmente a todos aquellos que estábamos cerca de la Dirección o de la Jefatura de los Servicios. Y así, muchas veces olíamos el cacheo, y algunas alguien nos lo advertía. Buscamos un lugar donde poder camuflar lo posible. Y lo hallamos. En el túnel que va de un patio a otro, en el que está la cripta donde yace Dña. Germana de Foix, segunda esposa de D. Fernando el Católico, estaba el acceso a la oficina de Régimen. En el bajo, es donde se depositaban los fallecidos hasta sacarlos para el entierro. Allí había un ataúd de burda madera donde se depositaban. Si conocíamos o creíamos que podía haber cacheo, allí se llevaban los libros, en especial los últimos reseñados, dado que los otros llevaban el sello de haber pasado por la oficina del capellán.

EDICIONES MÍNIMAS. Y una cosa lleva a la otra. Las fotos hacen ver unos libritos que son de editora Mingorance, sita en San Miguel de los Reyes. Las tiradas eran mínimas, pues se basaban en copias de libros de la propia biblioteca que hemos citado, se *imprimían en máquina de escribir*; seleccionando previamente aquello que más gustaba en número de 5 ejemplares. Mingorance era un preso, policía que había sido en uno de nuestros enclaves en Marruecos, que ayudó a gente a salir de aquellos territorios, por lo que fue condenado. Y en San Miguel existía la solidaridad.

Se hicieron varios hasta el año 50, que son los que dispongo. Se continuaron, pero ya no me encontraba allí. Los títulos allí editados son: *Cuentos*, de Blasco Ibáñez, *Amenidades*, de Rubén Darío, *Motivos de Proteo*, de José Enrique Rodó, *Perfiles de España*, Ortega, Unamuno, Azorín, Machado, R. León, *Hombres célebres* (Miguel Ángel, Da Vince, Chopin, Balzac, Schubert, Rabindranath Tagore y Juan Ramón Jiménez) y *Bodas de sangre*, de García Lorca.